



Amaos y sed uno



*Es preciso arrastrar una constelación de almas
que eternamente glorifiquen a Dios.*

Sierva de Dios, Madre M^a Isabel del Amor Misericordioso

Sumario

Editorial.....	3
"Vivir una fraternidad íntima"	
Exhumación de los restos mortales de la Sierva de Dios.....	4
Así lo vivimos.....	8
Clausura de la fase diocesana.....	15
Allí estaba el dedo de Dios.....	18
Rvdo. Sr. D. Eduardo Vivas	
Os sigo amando	20
Rvdo. Sr. D. José Manuel Bascuñana	
Pasó haciendo el bien	22



Editorial

“Vivir una fraternidad íntima, cristiana, ese ‘ser uno’ y amaos como a vosotros mismos que es nuestra religión del Dios todo amor... eso quiero vivir”. Con este pensamiento, que tan dentro del corazón tuvo siempre Madre M^a Isabel, hasta hacer de él el ideal que la llevara a fundar en Orito, se inició en julio de 2006 su Causa de Canonización en la Diócesis de Orihuela-Alicante. Cinco años de intenso trabajo, de oración, de compartida ilusión, de sentir nuevamente el paso de la Madre por quienes la conocieron y por quienes la han descubierto más tarde, unos y otros presentándole sus necesidades y suplicando a Dios gracias por su intercesión. Y ella derramando caridad a raudales; ahora mucho mejor que cuando vivía, porque desde Dios abre su mano con mayor liberalidad hacia sus hermanos.

Nada más llegar a Orito, la Sierva de Dios oraba así al Señor: **“Hágase en mí según tu palabra, tu palabra que es caridad”**. La caridad fue su signo; por vivirla en plenitud lo entregó todo. Deseaba amar con el mismo amor de Dios. Así lo pidió, y el Señor se lo concedió. Fue exquisita en la práctica de esta virtud. Y la exigía a la medida del Evangelio. Ser cristianas de verdad, para ser Carmelitas Descalzas auténticas, decía a sus hijas. **“Os sigo amando”** pidió que se escribiera sobre su nicho. Y , en verdad, que lo sigue haciendo. Este amor y caridad de Madre M^a Isabel es el que se hace presente en cuantos la invocan, a quienes ella, desde el cielo, ayuda. Un amor y caridad universales, aunando corazones para Jesucristo.

Cinco años después del inicio de su Causa de Canonización se clausura la fase diocesana, y el Proceso marcha a Roma. Al finalizar este período, este paso de la Madre, una honda gratitud en el alma que no cesa de proclamar: **“Gloria al Padre, Gloria al Hijo, Gloria al Hijo, Gloria al Espíritu Santo. Y a ti, María”**.

Exhumación de los restos mortales de la Sierva de Dios

El pasado día 2 de abril tuvo lugar la exhumación de los restos mortales de la Sierva de Dios, Nuestra Madre M^a Isabel del Amor Misericordioso. Fue un acontecimiento intensamente esperado. Para mejor disponernos a este día de gracia, la víspera tuvimos un retiro espiritual, en el que el Rvdo. Sr. D. José Ruiz Costa nos predicó acerca de la vida y el espíritu de Madre M.^a Isabel. Así, en clima de oración, nos dispusimos a vivir este acontecimiento único.

Nuestras conversaciones en las recreaciones de los días precedentes giraban en torno a la exhumación, escuchamos cintas grabadas por la Sierva de Dios y compartimos recuerdos y vivencias junto a la Madre. Como es tradicional en el Carmelo, una de nuestras Hermanas, Hna. M.^a Ángeles de la Divina Misericordia, compuso unas letrillas, que después cantábamos. Algunas de sus estrofas decían:

Llega el día que tanto esperamos.
Ha llegado el día dos de abril,
Nuestra Madre se vuelve a hacer presente
No dudéis que ella estará allí.

Ya llegamos al final de una etapa,
testimonios que llegan a su fin.
Y hasta Roma se irán todas tus cosas.
¡El milagro nos hace falta, sí!

Carmelitas, ser santas y cristianas,
Evangelio vivido en plenitud.
Nuestra seña: la caridad fraterna.
Mandamiento: amarnos como tú.

Preparando y limpiando el convento
el jardín y la ermita para ti,
y, sin duda, las almas de tus hijas,
quieren ser un reflejo de tu 'sí'.

Dinos algo a las hijas de tu alma
y las gracias derrama sin cesar.
Para éste, tu Carmelo-Betania
sea un día que no pueda olvidar.

Nazaret, un rinconcito cristiano,
que se acerquen y sientan a Jesús.
Trabajar por vivir el Evangelio,
siendo UNA y amando en la cruz.

Es el “ojo sencillo de paloma”,
La humildad, caridad e ilusión
por ser santas, por llegar todas juntas
a este sueño que Dios en mí infundió.

Aquí dentro, muy dentro de mi alma
hoy me guardo lo que gime el amor,
peticiones, personas que encomiendas,
las presento a mi Buen Padre Dios.

Bien sabéis lo que yo “os sigo amando”
y a tu lado yo siempre estaré,
prolongad el carisma que me dieron
y vivido en pobreza y pequeñez.

Hacia las 15:30 horas del sábado 2 de abril comenzó a llegar a nuestro Monasterio el grupito de personas que nos acompañó durante el acto de exhumación. Entre ellas se encontraban los sacerdotes miembros del Tribunal delegado en la Causa de Canonización, los médicos que, en calidad de forenses verificaron el estado del cadáver y el técnico albañil que abrió la sepultura. Quiso la providencia de Dios que los médicos, Dr. D. Jesús Lozano Pérez y Dr. D. Vicente Martínez Lillo, que habían asistido a la Sierva de Dios en su última enfermedad, fuesen quienes ahora reconocieran sus restos mortales. Lo mismo sucedió con el albañil, Sr. D. Juan López, gran amigo de la Comunidad, que había tapiado el nicho de la Madre a su muerte, en el año 1987.

Nuestra Madre Joaquina Teresa, y una servidora, Hna. Ma Asunción Isabel, como Supriora, los acogimos a todos en la puerta reglar del Monasterio, dándoles la bienvenida, para acompañarlos hasta el Cementerio adosado a la ermita de San José, que se encuentra en la huerta del Convento. Allí esperaba la Comunidad, con capas y velos. Todos sentíamos una gran emoción y alegría desbordante.



*Fachada principal del Monasterio
del Espíritu Santo, en el campo
de Elche.*

Una vez reunidos en el Cementerio y tras saludarnos, comenzó el acto de exhumación.

Como Notaria del Tribunal delegado, leí la licencia de exhumación que había sido firmada por nuestro Sr. Obispo, Mons. Dr. D. Rafael Palmero Ramos, en una fecha muy significativa, el 25 de marzo, solemnidad de la Encarnación del Señor. A continuación, tras las preces por los fieles difuntos de la Comunidad que dirigió el Juez delegado, M.I. Sr. D. Antonio Hurtado de Mendoza y Suárez, y a una indicación del mismo, el albañil comenzó a golpear el nicho para abrir la sepultura. Parecía que todos conteníamos la respiración... los golpes hacían un eco que resonaba en el hueco de la tumba, como si la llamáramos: "Madre, Madre, Madre..." Hasta que, por fin, apareció el féretro, sencillo y pobre, muy carmelitano... Los sacerdotes, como abrazándolo, lo cargaron en sus hombros para trasladarlo a la ermita contigua al cementerio. Lo llevamos en procesión, cantando como podíamos, con nuestras voces entrecortadas por lágrimas y nudos en la garganta.



Llegados a la ermita, una inmensa mesa, cubierta con un lienzo blanco adornado con flores, esperaba el cuerpo de la Madre. El momento de abrir la caja fue impresionante y la alegría indecible al ver su cuerpo. Lo colocaron encima de la mesa, como dejándola sobre un lecho de pureza, vuelta del sueño de la muerte. Desprendía paz y nos inundaba un gozo sereno.

Fue Nuestra Madre, Joaquina Teresa, quien comenzó a quitar el velo que cubría el rostro de la Sierva de Dios. Tras ella, los médicos examinaron el cuerpo, y tomaron reliquias. El Rvdo. Sr. D. José Ruiz Costa leyó el evangelio del Buen Samaritano, uno de los preferidos de Madre M.^a Isabel. Finalmente, pasamos por su cuerpo estampas, rosarios, crucifijos, medallas, fotografías... mientras encomendábamos numerosas intenciones a su intercesión. El cielo y la tierra se deshagan en aquellas plegarias, y la confianza inundaba nuestras almas.



Ermita de San José y cementerio conventual del Monasterio, en Elche.

En el interior de la ermita, instante en el que se abre el féretro.

De nuevo, nuestras voces cantaban melodías que decían de amor fraterno, de lo que Madre M.^a Isabel quiso dejarnos en el corazón, como testamento: “*Amaos y sed uno*”.

Una vez acabado el examen del cuerpo, éste volvió al féretro. Se reanudó la procesión y esta vez, junto con los sacerdotes, nosotras, sus hijas, nos apresuramos a cogerlo como quien estrecha junto a sí a la Madre querida. En silencio, fue depositado en el nicho. Y sobre el yeso blando, Nuestra Madre escribió “*Os sigo amando*”.

Allí quedó en silencio. Quedó más dentro del corazón, después de aquella tarde de intimidad, en la que su cuerpo nos entregó su amor, más fuerte que la muerte.

Así lo vivimos...

“ Nos llevamos una gran alegría al ver que el cuerpo seguía entero... según el diagnóstico que dieron después, estaba momificado y solidificado. Fue muy bonito verle sus manos, aquellas famosas manos brillantes que habíamos visto en foto las que no la hemos conocido en vida. Todavía conservaba el rosario entre ellas. Hubo Hermanas y algunas personas que después comentaban que, ante la presencia de la Madre, habían sentido paz. La verdad es que se nos concedió a todos la gracia y la fortaleza de permanecer serenos. Se cantó el canto: “Tomad y comed”. Madre M^a Isabel se apropiaba de su letra para decirnos, como Jesús: “Amaos como yo os he amado”.

Se nos permitió pasar por su cuerpo diferentes objetos religiosos que todas devotamente habíamos traído para tal fin. Algunos invitados, por no tener otra cosa a mano, pasaron las llaves del coche y hasta un sacerdote pasó su cleriman. Nuestra Madre pasó un puñado de estampas y rosarios. Fue bonito el detalle que tuvo Hna. M^a José de pasar recordatorios de la ordenación de diferentes sacerdotes para que la Madre los protegiera.

Llegó el momento de devolver a la Madre al nicho... llevaba ahora un sudario con su nombre, que Madre M^a Antonia había bordado para la ocasión. Varias personas, entre ellas Nuestra Madre, Madre Superiora y D. José Ruiz cogieron el cuerpo para introducirlo en la caja de nuevo.

Como un eco de aquellas palabras de la Madre, la Comunidad entonó el Himno: “Desde el centro del amor”, mientras que algunos sacerdotes y Hermanas transportaban la caja al cementerio, poniéndola de nuevo en el nicho.

En un ambiente distendido y dialogando unos con otros, todos emprendimos el camino de regreso al Monasterio. Todos estaban muy contentos y agradecidos por los momentos vividos.

Eran aproximadamente las 18:20 h. cuando se abrió la puerta reglar y salían quienes nos habían acompañado”.



Hna. Yolanda M.^a de Santa Teresa



¡Qué grandes somos los cristianos que podemos formar ese uno!

M. M.^a Isabel del Amor Misericordioso

“...Vinieron muchos preparativos: limpiar la ermita, pintar puertas, rejas, a ratitos íbamos las Hermanas jóvenes y la Madre Maestra. Para mí era una experiencia bonita, porque, aunque cada una en su trocico, en silencio se estrechaban lazos y se hacía comunión con las Hermanas profesas. Aunque he comenzado hablando de los preparativos materiales, muchos fueron también los espirituales. A nivel personal me adentré en sus escritos: *Puntos de apoyo para un ideal* y los *Apuntes del cuadernillo...*, y llegó el gran día. Dijo algo D. José que me he guardado para este momento: “Te envolvía en una quietud”. A mi parecer fue ésta una de las notas dominantes de este día: quietud, paz, tranquilidad. y por otra parte estuvo la alegría. Todo el tiempo que estuvimos en el cementerio lo viví y lo recuerdo como una gran fiesta, en una gran fiesta donde están todos los Hermanos reunidos en torno a la Madre. ¡Qué alegría hay en una casa, qué alegría hay para una madre cuando esto pasa! Así pienso yo que se sentiría Nuestra Madre M^a Isabel, muy feliz de tenernos a todos allí. Esa alegría se entremezclaba con un sentimiento de amor y cercanía entre todos los que estábamos allí, nos conociéramos más o menos, y he dicho entre porque por una parte mi corazón los estaba amando, pero a la vez me sentía muy amada.

Antes de descubrirla, hubo un momento de expectación, aunque todos la esperábamos enterita, sí que hubo instantes en los que se contenía la respiración, un extraño silencio... y, en seguida, respiramos: el velo que cubría la cara se levantaba con facilidad.

La vista fue a las manos de M. M.^a Isabel... consumiditas, pero allí enteritas, con su rosario de bolitas...

Comenzaron a venirme personas para encomendar a la Madre y así fui diciéndole esos casos por los que nos habían pedido que tuviéramos presentes en esos momentos de tanta cercanía a la Madre...

Después de ponerla en el nicho, conforme iban tapiando, se hacía “silencio” y se abría en el corazón el deseo de volverla a tener presente, de que vuelva. Me acordé, al pedir más yeso el técnico albañil, de lo que dijo la Madre M^a Isabel a Madre M^a Elena... que ella misma escribiese en el yeso con el dedito: “Os sigo amando”. Me acerqué a Nuestra Madre y se lo dije. Ella también debió pensarlo y en cuanto terminaron de poner el yeso, pidió un objeto y lo marcó”.

Hna. Josefá de la Sta. Faz

“Era primavera. En el huerto había perfume de azahar. En el jardín habían florecido los lirios. Las tórtolas arrullaban en los Ficus. Los mirlos cantaban en las ramas de los árboles. Los pajarillos revoloteaban por todas partes. Los cipreses, altos, esbeltos y apretados, parecían decir que allí había huerto cerrado. La naturaleza formaba como un santuario en el que se percibía como un misterio sagrado. La brisa lo envolvía todo. La Virgen, desde la gruta lo contemplaba todo.

Sonaron unos golpes, como queriendo despertar del sueño a la Madre. Cayó la tapia que nos separaba como si fuera la muralla de Jericó. El pequeño Israel esperaba, y contuvo la respiración. Se vio el arca que contenía el precioso cuerpo. La cogieron los sacerdotes. Se oyeron las voces de todos que cantaban: “Donde reina el amor está Dios, nos ha unido el amor de Cristo...” y podíamos haber dicho: “y el amor de la Madre”. La entraron en la ermita y la dejaron en el suelo. La sacaron. Como emergiendo de la tierra la levantaron y la depositaron sobre la mesa. Era como una hostia sobre el altar. Todos los ojos estaban fijos en aquel cuerpo pequeño envuelto en un sudario blanco. Expectantes esperábamos el momento de descubrirlo: intacto, entero, consumido. No hubo miedo, ni terror, ni repugnancia.



“... Era primavera, en el huerto había perfume de azahar.”

De aquel cuerpo se expandía una gran serenidad, una gran paz que lo llenaba todo. Los ojos de todos fijos en ella expresaban amor, el amor de los corazones de todos los que la contemplábamos. Era un momento sagrado.

¿Qué nos dice tu espíritu, aquí presente, a través de tu cuerpo, Madre? **Tu cuerpo** consumido por el amor en una entrega constante, sin reservas, en una maternidad universal. Cuerpo pequeño, como de una niña.

Sí, eras como una niña en tu inocencia y en el candor y en la sencillez. Como quien había vuelto a la inocencia del Paraíso, cuando nuestros primeros padres no tenían malicia. Habías sido pequeña como la esclava del Señor, como la pobre de Yavhé, con la pequeñez de Teresita, con tu sonrisa de niña.

Tu cabeza sin apoyo, en el aire. No apoyarse en nada de la tierra, en nadie, sólo en Jesús, y Él hará que encontremos apoyo en las criaturas que Él disponga. La cabeza levantada, buscando las cosas de arriba, “levantad la cabeza, se acerca vuestra liberación”. Quizá la liberación del propio “yo”, la libertad de los hijos de Dios. La libertad del amor.

Tu rostro velado sigue cubierto. “Puso una señal en mi frente...” No ha querido el Esposo desvelar tu rostro. Has sido sólo para Él, y en Él para todos. Ahora eres como la Esposa de los Cantares: “Morena, pero hermosa... Qué bello tu rostro a través del velo...” Porque la belleza de la hija del Rey está en su interior, y esta belleza siempre se reflejó en tu rostro, gracioso, en tus ojos de cielo brillante, en tu sonrisa acogedora. Mirarte era descanso, entonces y ahora.

Sabemos que un día el Esposo desvelará tu rostro ante toda la Iglesia y, una vez más, se cumplirán las palabras de Jesús: “El que se humilla será ensalzado”. Tú fuiste humilde, te humillaste y fuiste humillada, aunque no te sentías humillada precisamente porque eras humilde.

Tus ojos cerrados a lo que no es Dios. Cerrados para mirar a lo natural. Cerrados para ver con los ojos de Dios, con ojos de fe, para no juzgar por apariencias. Cerrados a lo que es tierra y barro, a las cosas transitorias. Cerrados para mirar hacia dentro, al santuario interior donde habita el Santo de los Santos. Cerrados para que no se escape la luz de Dios que te llena.

Y aún así había un destello en la oscuridad, no sé cómo, que irradiaba a Dios. Y nos mirabas a través de tus ojos cerrados.

Tu boca abierta para alabar a Dios, para bendecirle, para decirle tu amor. Por tu boca siempre se ha escapado aquel fuego de tu corazón enamorado de Jesús. Hablabas sin querer hacer discursos, enseñabas con tus palabras sin pretenderlo. Salían tus palabras a borbotones cuando hablabas de Dios, con lenguaje sencillo, pero profundo, que llegaba al corazón de quien te escuchaba y encontraba eco en tus palabras. Ahora tu boca abierta y callada nos dice: “Que el hablar sea de Dios, que las palabras sean de amor y para el amor”. Y, al mismo tiempo dices: “Calla, calla para que hable Dios en ti. Deja que hable el amor”.

Tus manos entrelazadas con el rosario entre ellas nos hablan de plegaria. Así estaban los últimos años. Aquellas manos luminosas han perdido su luz, su brillo, pero tienen algo que no han perdido: su inocencia. “¿Quién puede subir al monte del Señor? El hombre de manos inocentes y puro corazón”. Y ésa eres tú, Madre querida. Tus manos hoy nos dicen: “Rezad, rezad,... orad, orad..., siempre, siempre...”

Tus manos siguen acariciando nuestras almas, nos sostienen, nos levantan, nos arrastran en pos de Cristo, nos dicen: “Corramos, no te detengas, sigue adelante”.

Te quitaron el rosario, roto, pedazo a pedazo, quizá de tanto rezarlo. Te han puesto otro nuevo para que sigas tu oficio orante desde tu inmovilidad, pero no la inmovilidad de tu espíritu.

Y, ¿dónde está tu corazón, Madre mía? -”En mis hijas”.

Tu cuerpo guarda oculta la joya más preciosa: **tu corazón**. Un corazón que se gastó y se desgastó de tanto amar. Un corazón por el que pasó el amor de Dios para llegar a tus hijas y que, al ser canal del amor divino, quedó divinizado. Por eso sigues viviendo, porque Dios vive y él vive en Dios, y en Dios todo es presente, aquí y ahora. Un corazón cristiano, transparencia de Evangelio, imagen de Jesús. Un corazón grande, abierto, “como las playas junto al mar”. El Amor Misericordioso traspasó su Misericordia a tu corazón, y así tú fuiste transparencia del Corazón misericordioso de Dios. Corazón apasionado, de fuego, hoguera que incendiaba a tus hijas.

Gracias, Dios mío, por haberla conocido, por haber convivido con ella tanto tiempo, por haber recibido sus enseñanzas y sus ejemplos, por haber visto sus virtudes heroicas. ¡Gracias, gracias!

Arrancaron de su pie las reliquias. Sí, tuvieron que arrancarlas a viva fuerza, tan apretada estaba su carne. Conservaba aquella carne, ahora seca, que durante su vida le había ayudado a practicar la penitencia, aquella carne lacerada. Su cuerpo no son sólo huesos, tiene carne momificada.

Sobre tus manos fuimos pasando rosarios, medallas, crucifijos... todo lo que teníamos. Era como un querer retenerte entre nosotras, coger algo de ti misma, de tu espíritu, de tu corazón. Parecía que después de recoger el objeto pasado por tus manos algo tuyo se nos venía con él, era quedarte con nosotras.

No me cansaba de mirarte. No te dije nada, sólo te miraba, te miraba y me parecía que estábamos unidas.

Te cogieron de nuevo para ponerte en el arca, la misma, pero con sudario nuevo. El sudario que bordé con tanto amor, con tanta ilusión. Lo extendí dentro del arca con la delicadeza y la ternura de una madre que va a colocar a su niño dormido en la cuna. Te cubrieron con él. Tu nombre sobre el corazón, como lo había previsto. Las letras brillantes parecían palidecer ante tus virtudes. Ahí quedó tu nombre: "M. M.^a Isabel del Amor Misericordioso". Cerraron el arca. La levantaron como paloma que alza el vuelo, y la sacaron para devolverla a su lugar.



M. M.^a Isabel junto al pozo del Claustro del Convento, en Orito.

Sonaron las voces de tus hijas, quizá un poco veladas por la emoción: “Desde el centro del amor, M. M.^a Isabel...” Sí, allí donde tú nos esperas, donde siempre se ama. Allí donde un día formaremos una Comunidad verdaderamente cristiana, donde nos amaremos como Jesús nos ama, donde seremos un solo corazón y una sola alma. Allí, por la misericordia de Dios, con la intercesión de María, seremos tu corona, cada una será una barrita de oro con las piedras preciosas de la Sangre de Cristo

Tapiaron. Se hizo presente otro sepulcro cerrado con una piedra en espera del amanecer del primer día de la semana. Quedaste en tu silencio. De nuevo: “Os sigo amando”. La Virgen, desde la gruta, velaba tu sueño.

Las tórtolas seguían su arrullar, los mirlos su canto, el perfume de azahar se expandía por el huerto, los lirios blancos hacían más hermoso el jardín, las palmeras, símbolo de la Comunidad, se elevaban majestuosas... todo como antes, pero... ya no era igual, algo había cambiado: habíamos estado contigo, tú eras ahora más nuestra.

La brisa tenía un mensaje de esperanza, una presencia de vida, una seguridad de resurrección.

Y en el corazón quedó grabado el deseo de Jesús y el tuyo:
“Amaos, amaos, amaos...”

M. M.^a Antonia de Jesús

“No sé, yo soy algo soñadora, pero veo o siento que bajo esta bruma desconcertadora del mal, que parece lo invade todo, se está, como quien dice debajo de tierra, formando almas de mucho temple, abonadas con nuestros sufrimientos, que brotarán en una floración lindísima de santidad. Hay que aprender a aprovecharnos de todo, como dichosos peldaños que nos elevan a la cumbre: frío, calor, enfermedad, incomprensión, desolaciones, batalla del enemigo, cambios de carácter propio y ajeno... Abí está la verdadera santidad, no en cosas que nos deslumbran, muchas veces engañosas.

A ser santas..., a secundar con Dios los planes de amor que sobre nosotras tiene. Adelante... Adelante... Adelante.”

M. M.^a Isabel del Amor Misericordioso

Clausura de la fase diocesana

Sierva de Dios, Madre M.^a Isabel del Amor Misericordioso:

'Llama ardiente salida de tu Corazón'.



Fue el pasado día 19 de junio. Centenares de amigos nos acompañaron aquella inolvidable tarde, llena de luz y calor, en la que todos nos sentíamos convocados por el Señor, en torno a la figura de nuestra venerada Madre M.^a Isabel del Amor Misericordioso. Se clausuraba la fase diocesana de su Proceso de Canonización. Nuestro querido Sr. Obispo, el Excmo. y Rvdm. Mons. Dr. D. Rafael Palmero Ramos nos presidía y junto a él, que ha seguido muy de cerca en estos años de trabajo diocesano, veíamos llegar a feliz término esta primera etapa.

Hacia el mediodía llegó desde París, la Excm. Baronesa de Agres y de Sella, Dña. Isabel Calatayud Sarthou, sobrina de Nuestra Madre M.^a Isabel, acompañada de su esposo y de su Hermana M.^a Castillo, que se había desplazado desde Valencia.

A las 17'30 horas comenzó el acto jurídico de Clausura, en la iglesia conventual. Las notas del "Veni Creator" nos sumergieron en un clima de oración y recogimiento, en un momento de gracia. En la mesa preparada al efecto, las maletas, color rojo sangre que contenían todo el material recopilado, esperaban recibir el sello y lacrado. Así se hizo, antes de que fuesen entregadas al portador designado, Rvdo. Sr. D. José Luis Casanova, para que, días después las depositase en la Sagrada Congregación para las Causas de los santos, en Roma. Tras una breve presentación de parte del Postulador, M. I. Sr. D. Ildefonso Cases Ballesta, el Sr. Obispo y los miembros del Tribunal juramos haber cumplido fielmente nuestra misión. Después de la lectura de las Actas, D. Rafael nos dirigió hondas palabras sobre la figura de la Sierva de Dios. Decía así:

D. Rafael, en el momento de sellar las cajas que contienen el Proceso de investigación diocesano.



“La Madre M.^a Isabel se apellidó a sí misma ‘del Amor Misericordioso’. Ésta fue su vida y su misión. ‘*Ves a la Trinidad si ves el amor*’, escribió un día San Agustín: quienes habéis conocido a la Sierva de Dios, coincidís que en ella se manifestaba el amor de Dios. Con sus mismas palabras, podemos repetir: Supo ‘*reunir a un tiempo la sencillez hermosísima de un niño, como nos dice el Evangelio, y la magnanimidad de las almas fuertes, que no dudan es sacrificarlo todo por Cristo.*’ (.)

Puso la Madre M.^a Isabel a sólo Dios como centro y alegría de su existencia, viviendo una entrañable relación filial con Dios Padre y sabiéndose ‘esposa de Cristo’ por el Amor del Espíritu Santo. Por puro don de Dios, fue introducida en el misterio de la Misericordia divina. Cuenta que en un ‘sueño’ se le representó un gran fuego que le invitaba a depositar en él todos los pecados de la humanidad: “*Echa más, echa más*”, le repetía aquella misteriosa voz. Cuando terminó de recorrer el mundo, la Madre Isabel exclamó: “*Señor, no quedan más*”. Y de aquel fuego oyó: “*mírame, estoy tan entero como al principio*”.

“Mírame”, nos repite hoy Jesús a nosotros, señalando su ardiente Corazón sediento de “*quien y de quienes se dejen amar*”. Respondamos siendo atraídos y sumergidos en la “*llama de amor viva*” de la misericordia del Señor. Con “*corazón puro*”, pondremos en práctica el mandamiento nuevo: “*amaos como yo os he amado*”. Ésta es la novedad y la esencia del cristianismo que proviene de Dios y nos une a Él en comunión:

“*¡Quién me diera —anhelaba la Sierva de Dios— a la hora de tener que abandonar el destierro, encontrarme en mis manos, siquiera el consuelo de haber vivido tan sólo una hora plenamente mi cristianismo...! ¡Soy cristiana, me repito con frecuencia hacia mis adentros, pues siento que esto es para mí como una fuerza que me empuja hacia arriba y para los demás!*”.

Al finalizar D. Rafael sus palabras, todos escuchamos con emoción:



“Se clausura esta fase diocesana del Proceso de Canonización, con la alabanza que la Sierva de Dios, Madre M.^a Isabel del Amor Misericordioso gustaba repetir: ‘**Gloria al Padre, Gloria al Hijo, Gloria al Espíritu Santo. Y a ti María**’.

La Santa Misa que siguió al acto de clausura, presidida también por nuestro Señor Obispo, D. Rafael Palmero, fue concelebrada por un nutrido número de sacerdotes. Entre ellos había quienes habían conocido a la Sierva de Dios, incluso íntimamente. La emoción era visible para todos. La homilía que pronunció D. Rafael, llena de unción e invitándonos a seguir los pasos de fidelidad de la Madre, nos conmovió en extremo.



Una llama salida del Corazón de Dios, eso quiso ser Madre M.^a Isabel y eso fue... y ese calor que ella pegaba, no sólo a nosotras sus hijas, sino a cuantos se le acercaban, todavía permanece encendido y vivo. Testimonio de ello dieron quienes el pasado día 19 gozaban al ver llegado el momento de la clausura diocesana, y suplicaban, por su intercesión, gracias y favores.

La vida de la Madre fue toda ella un canto de gloria y alabanza a Dios Trinidad. Para decirlo con sus palabras:

“Como llamas ardientes salidas de tu Corazón, iremos, desde el silencio de nuestra clausura incendiando el mundo, hasta que un día lleguemos a la Patria y entonemos aquel canto que no tendrá fin: ‘Gloria al Padre, Gloria al Hijo, Gloria al Espíritu Santo; y a ti María’ “.

Cinco años de camino en la Diócesis de Orihuela-Alicante. Ahora el Proceso ya está en la Sagrada Congregación para las Causas de los santos.

Madre M.^a Isabel no es sólo nuestra, pertenece a toda la Iglesia. Suplicamos el fruto del milagro que ponga el sello divino a esta obra de Dios, y en confiado abandono en el Señor, esperamos el día en el que la Santa Iglesia beatifique a la Sierva de Dios, para gloria de los Tres y de María.



Los miembros de la Pequeña Familia de Betania en Roma, para entregar el Proceso diocesano en la Sagrada Congregación.



“Allí estaba el dedo de Dios...”

**Mn. Eduardo Vivas i Llorens. Presbítero.
Banyoles (Girona)**

La conocí en el Monasterio de la Virgen de Orito, acompañando por tierras de Alicante a D. Esteban Gobbi, promotor del Movimiento Sacerdotal Mariano, gracias a la gestión de D. Ildefonso Cases, Rector, por aquel entonces del Seminario de Orihuela. A raíz de tal encuentro, La Madre Isabel, Priora, me pidió que predicara unos ejercicios espirituales a la Comunidad. Después tuve ocasión, en varias oportunidades, de dirigirles la palabra; la última, con motivo del traslado del Monasterio a Elche, recién inaugurado.

Habiéndola tratado íntimamente, ahora con motivo de la conclusión del proceso diocesano en vistas a su futura canonización, su sucesora en el cargo de Priora, me ha solicitado la presente colaboración para su Revista.

Desde el primer momento de conocer a la M. Isabel me di cuenta de que me encontraba delante de una monja carmelita virtuosa y de excepcional personalidad. Al paso del tiempo comprobé y confirmé mi convicción. Fue una de aquellas almas que, por su valer, total entrega y fidelidad absoluta, el Espíritu Santo la dirigió de un modo directo, otorgándole gracias místicas elevadas que ella tenía la habilidad de esconder y sólo comunicaba sus frutos veladamente, con responsabilidad de fundadora de nuevo cuño y educadora de la espiritualidad teresiana, en los primeros tiempos de la crisis eclesial postconciliar.

Se encontraba como Carmelita en un Monasterio que creyó oportuno adaptarse a un nuevo estilo de vida. M. Isabel, en su interior, no podía conformarse a tal estilo, pero tampoco en aquellas circunstancias podía imponerse. Sufriendo en lo más profundo de su conciencia, el Espíritu Santo forjó su heroico temple, y la Providencia, a semejanza de Moisés que le señaló a Josué como sucesor, puso a su lado a la incondicional Hermana Elena. En riguroso sigilo, al paso de algunos meses, se unieron otras. Y llegado el momento oportuno, expuso al Obispo de Orihuela-Alicante, Dr. D. Pablo Barrachina y Estevan la necesidad de abandonar su Comunidad y establecerse donde fuere, aunque con pocas religiosas. El Prelado les abrió las puertas del



Madre M.ª Isabel junto a Madre M.ª Elena, y otra Hermana, en el pinar de Orito.

Santuario de Ntra. Señora de Orito, con su adjunto convento, en el que había residido San Pascual Bailón.

Las fundadoras, que fueron allí sólo con lo puesto y poca cosa más, iniciaron de cero la nueva vida. Con la M. Isabel, además de Hna. M.^a Elena, cabe mencionar a las Hnas. Antonia, Ana M.^a y Concepción. Aquella minicomunidad formaba un núcleo compacto de religiosas con anhelo auténtico de santidad. Eran seis en principio. La fundación tuvo lugar el 24 de agosto de 1973.

Pasaron los años, aumentó aquella comunidad perseverando con el mismo espíritu, según el carisma de la M. Isabel y, en la misma fecha, 22 años después, se hizo el traslado definitivo del Monasterio al campo de Elche, siendo Obispo, el Dr. D. Francisco Álvarez Martínez. Entonces la Madre fundadora había fallecido ya. La impresión que tuve al predicar el primer triduo en el recién inaugurado Monasterio fue que su Comunidad formaba una auténtica escuela de espiritualidad, con un elevado deseo de perfección, conforme al ideal propuesto por el Concilio Vaticano II, y fiel al carisma de la M. Isabel. Allí estaba el dedo de Dios.

Toda causa de canonización se inicia por un riguroso proceso diocesano que recoge toda la documentación y datos exhaustivos de la persona, comprobando sus virtudes en grado heroico. Concluido se traspasa a la Santa Sede y, con su aceptación, se concede el título de venerable. A mi aire y con una finalidad simplemente informativa a los lectores, enumero un simple elenco, describiendo sus virtudes, una a una con un simbólico calificativo: Fe capaz de atravesar montañas. Esperanza de alto vuelo, con los ojos frente al sol. Caridad de llama pura. Prudencia, obrando lo mejor en cada momento. Justicia, al valorar el quehacer de las personas. Fortaleza, como la torre de un castillo. Templanza, con un total dominio de sí misma. Pobreza, como la de la Sagrada Familia. Castidad angelical de alas grandes. Obediencia a la ignaciana. Bondad blanca como la nieve recién caída. Humildad abismal. Generosidad, como los campos de Castilla. Observancia, según Santa Teresa. Piedad que transparentaba su interior. Abnegación constante, sin aparentarlo. Trato humano de natural afectividad. Modestia como la de una oculta violeta. Sinceridad transparente. Paciencia igual a un yunque a golpe de martillo. Ejemplaridad, su constante predicación. Penitencia que restauraba las imperfecciones. Discreción de finísimo olfato. Laboriosidad incansable. Fidelidad, el ingrediente de todas las virtudes.

Resumiendo, su persona, revestida con la túnica de la infancia espiritual evangélica, olía a nardo en la Iglesia.

Os sigo amando

D. José Manuel Bascuñana. Presbítero.

*Un alma en Dios escondida
¿qué tiene que desear,
sino amar y más amar
y en amor toda encendida
tornarte de nuevo a amar?*



Con esta estrofa de Santa Teresa de Jesús, de su poema *Coloquio de amor*, podríamos sintetizar la vida de la Madre M.^a Isabel del Amor Misericordioso. Y es que para la Madre M.^a Isabel su vida, sus oraciones, sus sacrificios, sus palabras tenían este objetivo: **Amar a Dios**.

Ella también lo manifestó en sus pensamientos: **“La caridad tiene que ser mi señal”**.

Los signos de la caridad se hacían patentes en la vida de la Madre M.^a Isabel, particularmente en tres aspectos que fueron patentes a lo largo de su vida: Amor a Dios, Amor a la Santísima Virgen, Amor a la Iglesia.

Amor a Dios

La oración de la Madre M.^a Isabel estará imbuida de la presencia de la Santísima Trinidad. Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Su relación personal con cada una de las Tres Divinas Personas era algo habitual y cotidiano. Toda su vida quiso ser, y así de hecho lo fue, una alabanza a Dios, Uno y Trino.

“Tenemos un Dios que es nuestro Padre, nos ama y busca en todo nuestro bien”. Que esto sea expresado por la Madre M.^a Isabel no puede pasar desapercibido. Los duros años de la infancia, los terribles años de la guerra civil no fueron fáciles para ella. Muchos fueron los



momentos de peligro que vivió, muchas las humillaciones que sufrió, muchos los momentos de noche; sin embargo, lejos del resentimiento hacia los milicianos, lejos de separarse de Dios, ella comentaba: *“He sentido muy de cerca la muerte, pero no tenía miedo, estaba abandonada en los brazos de mi Padre Dios, y tenía paz”*.

Algo semejante le sucederá cuando, movida por el Espíritu Santo, sienta la necesidad de fundar un nuevo “palomarcito”, de crear una nueva comunidad que sea *un ce-*

náculo de amor y una Betania donde Jesús se recree. Pero este deseo divino no estuvo exento de dificultades. No obstante, su confianza en Dios Padre le hacía afirmar: “Tú, a no preocuparte de nada, confiando sólo en Dios y abandonándote en sus brazos de Padre. Ten la seguridad de su Amor, y que nada te turbe, pues eres de Él”.

En estos breves retazos se manifiesta claramente que a la Madre M.^a Isabel sólo la movía una cosa: “Vuestra soy, para Vos nació, ¿Qué mandáis hacer de mí? (Santa Teresa de Jesús)

Si la relación con Dios Padre fue especial, no cabe decir menos de su relación con Dios Hijo. La Madre M.^a Isabel estaba enamorada de Cristo: *“La ayuda que a los míos debo prestar es unirme más y más a Jesús en perfección de vida”.* Jesucristo ha estado presente en todos los momentos de su vida. Cuando uno vuelve la vista hacia atrás se da cuenta de cómo el Señor va cuidando los pequeños detalles. La Madre M.^a Isabel ingresa en el Convento el día en que se está celebrando la solemnidad de Corpus Christi, e ingresa en el Monasterio del Corazón Eucarístico de Jesús. No ha de sorprender a nadie, pues, ese amor de la Madre a Jesucristo-Eucaristía: *“Cristo sea siempre el centro de su alma, ¡qué seguridad!. Camina por Él y refléjalo siempre”.*

Su vida ha estado marcada por un carácter cristocéntrico. La Madre M.^a Isabel, como fiel esposa de Jesucristo, *completó en su carne lo que falta a la pasión de Cristo, a favor de su Cuerpo, que es la Iglesia. (Col.1, 24).*

La Madre M.^a Isabel vivía la Eucaristía como el gran misterio de amor de Dios que se entrega por todos y cada uno de los hombres. Y es que su deseo era que *Jesús se apodere cada vez más de tu alma.*

Por ello, la comunión diaria se convertía para ella en un encuentro amoroso con el esposo. *“Me da tanta devoción y consuelo pensar que Él no sólo solicita nuestro amor, sino que, por conseguirlo, muere en una cruz. ¡Esto sí que es...! Es precioso, nos urge dar el todo por el Todo. Es la consecuencia más lógica.”*

Desde este deseo amoroso por configurarse cada día más a Jesucristo, desde este amor total y absoluto por Jesucristo se entiende cómo, a pesar de las dificultades, la Madre M.^a Isabel nunca perdió su sonrisa, porque su alegría no brotaba de las cosas temporales, sino que era don del Espíritu Santo.



Pasó haciendo el bien...

Una buena amiga me regaló la foto con la oración de la Madre M.^a Isabel del Amor Misericordioso.

Recé la oración y pedí por mi hijo, que estaba mucho tiempo sin trabajo. Por la tarde, me llamó mi hijo desde Madrid, donde reside, para decirme que había encontrado trabajo.

Quiero agradecer a la Madre M.^a Isabel el favor concedido porque nos ha llenado de esperanza.

Muchas gracias.

Una devota



Llevo años enferma del corazón, y me decían que con el tiempo me tendría que operar. Yo no quería. Tenía miedo, pensaba que me quedaría en el quirófano.

Mis oraciones siempre han sido a Jesús Misericordioso, junto con su Madre, la Virgen de las Nieves, la Madre M.^a Isabel y Juan Pablo II. El pasado febrero me dijeron que había llegado la hora de la operación. Me puse en manos de Jesús Misericordioso, y de sus "allegados". El día 14 de abril fue el día de la operación. Fui con mucha paz, diciéndole al Señor que "lo que Él quisiera".

Para mí el resultado fue un milagro. Creía que no me habían operado y a los cinco días ya estaba de alta en casa. Sé que la Madre estuvo presente. Al Señor le dije que si salía todo bien, lo atribuiría a la especial intercesión de Madre M.^a Isabel.

**Adoración Iñesta Sepucre
Torremanzanas (Alicante)**

“Habiendo llegado a nuestras manos un folleto con la oración de la Hermana M.^a Isabel, nueve días antes de un examen de mi nieto, le hicimos un novenario a la Madre, y obtuvo la nota que necesitaba para realizar el MIR en la especialidad y hospital que deseaba, dándole por ello las gracias a su intercesión.”

M.O.B.

ORACIÓN PARA PEDIR LA INTERCESIÓN DE LA SIERVA DE DIOS

¡Oh, Dios! Padre bueno y providente, que infundiste en tu sierva, M^a Isabel del Amor Misericordioso, Carmelita Descalza, el don de amar a todos los hombres con tu mismo amor; y, desde su vida escondida, la hiciste testigo gozosa de tu paternidad. A ti, que encendiste en su corazón el fuego vivo de la caridad y, en tu Providencia, la llamaste a fundar un Carmelo Teresiano, desde donde testimoniar el mandamiento nuevo de Jesús, te pedimos sea reconocida por la Iglesia y ante el mundo su santidad y alcanzar, por su intercesión, la gracia que esperamos de tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

(Pídase la gracia que se desea alcanzar.)

Agradecemos donativos a:
Ismael Quesada Chinchilla
Luisa Francés
María Dolores
Rvdo. D. Juan Carlos Rosales
M.O.B.
Juan Coll y familia
Ana y Marlén
Monasterio del Sto. Cristo de Serradilla
Nieves López
Antonio y Antolina
Teresa Pomares
María Ramona
Cecilia Vázquez
Anónimos





**Para comunicar gracias y entrega de donativos:
MM. Carmelitas Descalzas. Monasterio del Espíritu Santo.**

**Ctra. Del León, Km. 5 03293.
Elche (Alicante). España.
Núm. Cuenta Bancaria:
2090-0259-71-0040127037**